piedras verticales» pero, dramáticamente, donde apuntan es al corazón del suicida —o del poeta—.

Junto a este terrible poema de acabamiento —que he comentado a guisa de muestra—, el poeta coloca otro de esfuerzo y superación: «Aviso al caminante». Mutilado —con tremendas mutilaciones físicas a las que se da valor moral—, disminuido quizá por compulsiones exteriores, el hombre pugna por subsistir.

A través de «Los laberintos» —última parte del volumen—, el poeta se siente extraviado, perdido el hombre sin remedio. Espejos abismales, escaleras absurdas, sombras multiformes, túneles invadidos, llantos de dimensión diluvial y genérica. Es frecuente hallar en estos poemas —y, en general, en los de todo el libro— una zoología monstruosa —no por grande, sino por rara— y unas imágenes que a veces —también aleixandrinamente— van de lo minúsculo: el insecto, a lo cósmico: los planetas, así como una muy surrealista tendencia a los miembros humanos amputados, exentos y con vida propia: manos cortadas, arterias iracundas, ojos agonizantes, huesos empuñando látigos, dedos crepitantes. Estas porciones anatómicas que en un determinado poema acosan al poeta, se ven de súbito ayudadas en su hostigamiento por un agente inmaterial: la maldición. El ser acezante por el asalto de elementos físicos, lo es también por un elemento de estirpe metafísica: se siente signado por un destino maldito. Quizá sea éste el único rastro romántico en un libro implacable, casi frío a veces en su implacabilidad.

Poemas en verso alejandrino o endecasílabos blancos se alternan con otros de versificación irregular, aunque siempre cuidada. Es indudable que no hay expresión poética lograda y eficaz si no se cuida la forma. El libro ha sido prologado por Artur Lundkvist, el poeta y académico sueco que tantas pruebas ha dado de su interés por la poesía española. Estamos, en resumen, ante un espléndido libro, sobrecogedor en muchos momentos, exponente de un poeta con voz propia e importante, de primera línea en el panorama de nuestra poesía actual.—*LEOPOLDO DE LUIS (Rodón, 12. MADRID-20).*

ROMAN LOPEZ TAMES: *La narrativa actual de Colombia y su contexto social,* Colección «Castilla», Universidad de Valladolid, Departamento de Lengua y Literatura Españolas, 1975, 230 pp.

El profesor Román López Tamés, hombre inquieto y de muchos saberes, después de una larga estancia en América y de varios años de docencia en las Universidades americanas, con varias publicaciones,

entre las que destacamos la del «Estado Libre Asociado de Puerto Rico» (Universidad de Oviedo, 1970), publica ahora su tesis doctoral.

Antes de entrar en la materia de su tesis sobre la narrativa actual de Colombia y su contexto social, el profesor Román López Tamés hace un amplio repaso de las relaciones entre los actuales estudios sobre literatura y sociedad. La primera tarea que se le presenta al autor es analizar la relación que pueda existir entre las dos realidades, que son: la sociedad y la obra de ficción. ¿Es la novela un trasunto de la vida, un espejo en el camino, como se ha dicho tantas veces?

Desde A. Castro hasta Goldman, en *Literatura y Sociedad,* y Arnold Hauser, en *Historia social de la literatura y el arte,* y R. Escarpit, en su *Sociología de la literatura,* y J. A. Maravall, en *El mundo social de la Celestina,* sin omitir los antecedentes ya lejanos de Taine y de Zola, en *Le roman expérimental,* se han hecho esfuerzos evidentes para demostrar que la creación literaria responde a una sociedad determinada.

En algunas épocas y en ciertos momentos no se puede negar que esto es cierto. En este caso, el profesor Tamés puede afirmar que: «Para el conocimiento de Colombia hemos escogido la narrativa como un modo de acceso a la realidad social», ya que la novela ofrece allí un testimonio inmediato.

La narrativa colombiana es un documento, como lo fue la novela del naturalismo del XIX. El valor testimonial de la novela colombiana hace que esta misma novela sea un instrumento inmediato de denuncia, por lo cual cumple una función social evidente.

Del mismo modo que la literatura en determinados períodos puede ser documento autobiográfico, por ejemplo en el romanticismo, la narrativa puede ser también testimonio social, y casi podríamos decir que historia estilizada. Quienes han criticado el monumental libro de Arnold Hauser, únicamente ponen una objección a su teoría de la historia social de la literatura y del arte: si en algunas obras literarias se refleja la sociedad, en cambio en otras creaciones artísticas no existe el menor reflejo del contexto social.

El acierto del profesor Tamés es haber sabido escoger una narrativa que fuese reflejo fiel de una realidad que el mismo conoce, y que tiene plena correspondencia con la obra literaria.

Esto no invalida la teoría de Schiller, cuando dice que: «la representación poética, por el hecho de ser absolutamente verdadera, no puede coincidir con la realidad». Recordemos que nuestro Zorrilla solía repetir con frecuencia que: «La verdad del arte no es la verdad de la naturaleza.» Y añadamos nosotros que tanto Schiller como Zorrilla eran románticos idealistas.

Lo cierto es que a través de un trabajo intenso sobre la lectura de un centenar de novelas y el conocimiento directo de la realidad, el profesor Tamés nos va mostrando la urdimbre de ese confuso y múltiple contexto social colombiano. Las novelas son del altiplano boyacense y cundinamarqués, del petróleo de Barrancabermeja, de las esmeraldas de Muzo, Chibor y Somocondo, de la zona bananera, del café, de las minas de Chocó y Antioquia. También se vale para su estudio de las novelas de la costa del Caribe y de los Llanos, donde hay mucho folklore, fiestas y costumbres de la sociedad agraria.

En este sentido el profesor Tamés obra como escritor, como crítico, como psicólogo y antropólogo, lo que le permite diversos enfoques acerca del país que tan bien conoce, y al mismo tiempo evidencia ante el lector, con ejemplos literarios, la realidad que quiere mostrar. No cabe duda que hubiera podido trabajar sobre una sola obra como *Cien años de soledad*, de García Márquez, o sobre *La gallina ciega*, de Ponce de León, o *Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón, pero ha preferido un material vario, más heterogéneo, que le ha permitido encontrar dos tópicos propios del país: la soledad y la violencia. Ramón López Tamés ha leído estas cien novelas documentales, pero su tarea va más allá de un estudio de los textos narrativos desde un conocimiento sociológico, histórico y económico sobre Colombia. Se completa con la vivencia del país. Como buen antropólogo y sociólogo de la literatura, ha vivido varios años en el altiplano andino y ha recorrido el país por Antioquia y Caldas, el Valle de Cauca, Santander, los Llanos Orientales, el Caribe y la costa del Pacífico. Hombre vital, ha experimentado en la tierra lo que ha leído en la novela, y con razón podría decir: «Yo lo he visto.» Con estos antecedentes ya puede adentrarse en la confrontación de literatura y sociedad.

Lo primero que se hace evidente es el tema de la soledad, la soledad del hombre colombiano en medio de un espacio excesivo, la desolación de una naturaleza inmensa, que plantea la relación de hombre y entorno. En segundo lugar, lo que el autor llama la soledad de las razas, en que se analiza el mestizaje, y la soledad de la raza negra, india y blanca. Esto le lleva a un estudio pormenorizado de la formación de la familia, con la costumbre de la casa grande y «la casa chica», que responde al matrimonio legítimo y a la unión libre y concubinato, que tanto tiene de común con el estado de cosas de un Brasil estudiado por Gilberto Freyre en su *Casa grande e senzala*.

Todo un costumbrismo familiar colombiano se refleja en la narrativa, con el temor del incesto y de la consanguinidad, al tratar de

mantenerse intacta la raza blanca, y los problemas del aislamiento y la falta de trabajo de las otras razas no integradas, que es el verdadero cáncer del país.

Con el título de *La soledad del padre*, Román L. Tamés estudia el hecho de los hijos sin padre que aparecen en la narrativa colombiana, al tiempo que analiza este problema en la realidad del país. La frecuencia de las uniones libres monógamas y polígamas, el tipo macho del gamonal que ignora el número de sus descendientes, la vieja dicotomía de la casa grande y de la casa chica, la independencia forzosa de las mujeres y la irresponsabilidad de los hombres, da por resultado una proliferación de hijos ilegítimos, esos «gamines» que llenan la calle, una enorme masa de niños que van y vienen por la ciudad en total abandono. Este sería el resultado de una subcultura de la pobreza.

Si como dicen algunos sociólogos, parece que el proceso de madurez de una colectividad supone la permanencia del padre después del acto de la reproducción, es natural que el profesor Tamés pueda aventurar la siguiente hipótesis: «Si en la más elemental construcción de la personalidad interviene el afecto materno —confianza en sí mismo, desarrollo afectivo desde la raíz—, y el padre, cuya presencia impone al niño dimensiones sociales: normas morales, capacidad para el esfuerzo y la colaboración, responsabilidad, se puede pensar, desde su carencia de tutela masculina y generalmente femenina, cómo será el adulto que de este niño nace. Sus atributos han de ser la insensibilidad moral, la frialdad afectiva, la marginación de tareas, la indiferencia en cuanto a los valores de vida y muerte del Otro. Es consecuentemente uno de los puntales de la violencia que con varios rostros han asolado y azota hoy al país.

En el último subcapítulo de esta serie de la soledad, que titula «Más de cien años de soledad», el profesor Tamés estudia el desasosiego del americano por manifestar una fisonomía original, y al mismo tiempo un aspecto de la mímesis que caracteriza la vida colombiana, y que se manifiesta en los viajes a Europa, para llegar a la conclusión de la inadaptación al viejo mundo, y a la vez a su propia patria.

El estudio de la violencia en la narrativa nos lleva a una apreciación elemental del nacimiento de la violencia en el enfrentamiento de conservadores y liberales durante el XIX y el encuentro de la guerra de los mil días. Posteriormente, tanto las novelas como los libros de historia política, nos dicen que la violencia más extrema se inicia en 1946 con la pérdida de los liberales del poder. La represión contra

ellos es la primera etapa de la gran violencia del XX. Baste decir que Colombia tiene el mayor índice de homicidas del mundo.

Esta realidad tan inmediata, tan hiriente se impone al narrador. Se ha comparado con la novela mejicana. Pero, según el profesor Tamés hay algo que separa la novela mejicana de la Revolución de la mejicana: en Méjico hay la conciencia y el orgullo del cambio que el país lleva a cabo. Es una violencia que tiene la finalidad de transformar al país, mientras que la violencia colombiana no tiene finalidad. La novela de *Viento seco,* de Daniel Caicedo, es un auténtico ejemplo de lo que se intenta demostrar.

A continuación, Román L. Tamés trata de analizar otras causas de tal violencia. Junto a los odios políticos, está el hambre campesina y de los enormes cinturones que rodean las ciudades. Siendo grande la penuria de alimentos, hay desnutrición y odio, junto a depresión y desidia. Ya Josué de Castro en su *Geopolítica del hambre* había señalado las consecuencias del hambre y la agresividad que se desprende de ella. Si a esto se une el alcohol y un substrato aborígen de larga tradición de crueldad, pueden explicarse las explosiones de violencia. Véase, también, el libro del sacerdote Camilo Torres *La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas.*

Al llegar a este punto, Román L. Tamés se permite una larga digresión interesante que debe tenerse en cuenta, porque nos indica que el autor no se circunscribe a un mero papel de informador objetivo. También indica posibilidades de reforma, al señalar su propia ideología. Si al mostrar el hecho de los «gamines» abandonados, había aventurado la hipótesis de cómo sería el adulto, indicando con ello la censura de esta situación, ahora R. Tamés afirma: «Nada más falso que la agresividad innata del hombre... El hombre está excepcionalmente dotado para la educabilidad y la naturaleza humana es lo que el hombre aprende a llegar a ser como ser humano. La historia evolutiva del hombre es claro ejemplo de cooperación, antes que de destrucción.» Es evidente que la agresividad es constitutiva del hombre: «pero esta agresividad se canaliza bajo formas jurídicas y morales... En la violencia colombiana las formas jurídicas y morales son notablemente insuficientes y han sido desbordadas. Está roto el equilibrio natural y cultural que hace posible la vida colectiva armónica, los desajustes institucionales impiden la estabilidad social».

Del mayor interés es el capítulo dedicado a los siervos sin tierra, a la hacienda y a la guerrilla, siempre confrontado con las novelas

donde estos temas hacen su aparición. De pasada, a modo de literatura comparada el autor hace referencia a Gilberto Freyre, y a la novela brasileña y a las novelas de Valle-Inclán.

El tema de la ciudad y del «bogotazo» da lugar a un estudio de los cinturones de miseria, y de los antisociales y hacinados pobladores del chabolismo. «La ciudad crece en demografía; sin embargo, no parece que de manera paralela haya nacimiento de instituciones urbanas que permitan la integración política, cultural, económica de esta aplastante mayoría de marginados». Personalmente no podemos evitar el recuerdo de otra zona de subcultura, el hacinamiento de Bangkok en las orillas del río Kwai, y en las afueras de la ciudad, con todas las lacras de una subcultura muy extendida en grandes áreas asiáticas.

La ausencia de mediadores comunicativos entre los diferentes estratos da lugar a la terrible reacción de violencia que se llamó el «bogotazo» y que dio por resultado el asesinato del líder popular Jorge Eliecer Gaitán en 1948.

El último capítulo del libro está dedicado al clero colombiano y a Camilo Torres. En la novela del altiplano se ofrece un esquema común, el de la llegada del sacerdote a un pueblo aislado. El cura y el párroco van a desempeñar un papel muy importante en un ambiente que les desconcierta y al mismo tiempo les estimula a la reforma social, como es el caso del revolucionario padre Camilo Torres, que se lanza a la guerrilla, y es muerto a manos de sus enemigos. Caso extraordinario que se presta a la meditación, y con cuya muerte se cierra bruscamente esta tesis doctoral de Román López Tamés, como si dejara una incógnita brusca en el aire.

Como colofón va una extensa y selecta bibliografía, así como el índice de novelas leídas y utilizadas por el autor. Por lo general hoy en día la mayor parte de las tesis doctorales son farragosas, pesadas y carecen de agilidad expositiva. La exigencia de un excesivo número de páginas da por resultado más paja que grano, con un relleno obvio e insulso. En este caso sucede lo contrario. *La narrativa actual de Colombia y su contexto social* es una tesis sucinta, escrita con intensidad y concisión, extraordinariamente interesante y amena, y tan palpitante como la realidad que describe y la narrativa que estudia. En resumen, un libro vivo, dialéctico, polémico, que presenta hechos y ofrece soluciones.—*CARMEN BRAVO-VILLASANTE (Arrieta, 14. MADRID-15).*